

AÑO XXI.—NÚM. 6150

10 DE DICIEMBRE DE 1881.

REDACCION, MAYOR 24.

EL ECO DE CARTAGENA

Sábado 10 de Diciembre de 1881.

LA DECADENCIA DE ESPAÑA

DESDE MEDIADOS DEL SIGLO XVI

A IGUAL ÉPOCA DEL SIGLO XVIII.

IX.

Para que se vea hasta que punto llegó la preocupación nacional contra las artes mecánicas, basta fijarse en el siguiente ejemplo.

Un caballero de Galicia, que acababa de heredar un pingüe mayorazgo, habíase casado con la hija de un rico zurrador, á despecho de un hermano suyo que hizo los mayores esfuerzos para impedir tal unión, por considerarla humillante á la calidad de su familia; éste que no podía soportar tamaña vergüenza, y en el deseo de lavar de algun modo lo que él miraba como afrenta, se alza contra el hermano, y reclama para sí el mayorazgo, á título de que aquel había degenerado de su linaje en el hecho de haber contraído alianza con la hija de un vil artesano. Esto fué para los jóvenes esposos un gran motivo de disgusto; intentado el pleito con escándalo, andando de tribunal en tribunal, cubriéndolos de oprobio á los ojos de la gentes; el esposo cayó en un abatimiento tan profundo que murió sin ver terminado el litigio, suceso que sirvió para redoblar las iras de su hermano contra la cuñada por despojarla de toda herencia; consiguiendo con ello deshonrar una familia que venia gozando la estimación pública.

Era el cutidor, por lo general, tan mal mirado que hasta las gentes más pobres se desdaban de tomar tal oficio; así se vió á la Galicia, que pudo ser rica por sus cueros adobados, pobre en medio de su misma abundancia de elementos para esta industria; si el hijo de un artesano se dedicaba á ella, la vergüenza recaía sobre toda su familia, y ya no podía ejercer ningun cargo público, ni aspirar al estado religioso.

Así se hacia caer el estigma de la infamia sobre la frente augusta del trabajo; el taller habia dejado de ser la escuela de la juventud, y el padre daba á elegir al hijo entre el claustro, la América ó la guerra, ántes que someterlo al ejercicio de su industria.

¿Cual fué el resultado de todo? esto es lo que vamos á examinar.

Desde mediados del siglo XVI no hubo ya ingenieros en España, y se les hacia venir de Flandes, de Alemania ó de Italia. Las fortificaciones de Amberes se levantaron bajo la dirección del italiano Pacciotto; y á la de Bautista Antonelli, de la misma nación, corrieron las de Cartagena, y la reparación de las fortalezas de

Santo Domingo, de Nombre de Dios, de Puerto-Rico, de Cartagena de Indias y de Panamá. A este mismo Antonelli fué encomendada la grande empresa de hacer navegable el Tajo desde Lisboa hasta Toledo. Felipe III se valió largo tiempo de los consejos del italiano Pignatelli; y Felipe IV llamó ingenieros de Flandes para observar el curso del Guadalquivir, que queria hacer navegable desde Sevilla hasta Córdoba, encargando á Luis Carduchi y Julio Martelli la continuación de los trabajos empezados por Antonelli para estrechar el Tajo. La regente doña Maria de Austria hizo venir de Flandes á los hermanos Carlos y Fernando de Grunenberg para unir el Tajo y el Duero por medio del Manzanares y del Jarama.

El cobre de América de que tanto abundaban las minas de Nueva España, de Chile, de Cuba y de Puerto-Rico, que los buques lo tomaban por lastre, no se empleaba en España en otra cosa que en las fundiciones de la artillería, por que se carecia de obreros entendidos para su refinación, aleación y reducción á bronce.

La mayor parte de los instrumentos y herramientas de cobre que usan los españoles procedian de fabricación estrangera, pues los holandeses las compraban en Alemania para revenderlas en España. Por la misma falta de operarios hábiles, acontecia tambien no poder beneficiarse el hierro que producian las minas de Vizcaya, y se hacia venir, lo mismo que el acero, del Milanesado y de otras partes. Por igual causa se traía la cera de Francia, de Inglaterra y de Holanda, mientras que las montañas de Castilla y de otras provincias estaban cujadas de colmenas. Todos los años se espedian de los mercados de Lila y de Arras con destino á España, grandes remesas de telas de todas clases, mantelerías, hilo de coser, cintas de hilo, encages, lanerías, cueros curtidos y otra porción de objetos, cuyas primeras materias tanto abundaban en el país.

La Marina de guerra hubo de experimentar tambien los efectos de la general decadencia, pues por falta de obreros hábiles semandaba á construir los buques al estrangero, y todo lo necesario á su armamento. Asegúrase que Felipe IV gastó en el corto espacio de cinco años en el armamento y manutención de sus flotas, setecientos veintiseis millones novecientos treinta y cinco mil reales, cuya mayor parte quedó á beneficio del estrangero.

La Imprenta, esa palanca del saber humano, corrió la misma suerte que las demás artes; sin capitales, ni hombres útiles para emprender grandes obras, la mayor parte de los breviarios, de los misales y

de los libros de canto, se hacian venir de países estraños. En el siglo XVI se mandaban á imprimir á Roma, á Venecia, á Nuremberg, á Colonia ó Maguncia, y más tarde á Amberes y á Lión.

Después de la expulsión de los moros apenas si se encontraban operarios para la refinación de los azúcares, ni para otras clases de industrias; ni aun alientos quedaron para bajar á buscar los ricos metales en que abunda nuestro suelo. Felipe IV tuvo que conceder á una compañía alemana la explotación de la rica mina de cobalto que se halla en el valle de Gistani, en los confines de Navarra, cuyo mineral se enviaba á Tolosa, Leon y Strasburgo para alimento de las fábricas de azul de Alemania. Aparte de esto, el mismo Monarca, se vió en la necesidad de permitir á los estrangeros trabajar temporalmente en sus estados y aun de establecerse en ellos, á condición de que fuesen católicos, y viviesen en el interior del reino; no siendo esto bastante todavía para traer hombres útiles, los exceptuó por seis años del impuesto de alcabala, logrando con ello inundar nuestras poblaciones de limosinos, de gascones y de languedocianos. Puede juzgarse de su número, como del poco favorable concepto que gozaban los españoles entre los estrangeros, por el siguiente pasaje del francés Gourville, que habia recorrido la España á mediados del siglo XVIII.

«No me costó trabajo, dice, descubrir la estremada pereza, y al mismo tiempo la vanidad de estos pueblos; hay operarios para hacer cuchillos, pero no los habria para afilarlos, si una infinidad de franceses, que nosotros llamamos amoladores, no se repartieran por toda la España (1), y lo mismo sucede con los zapateros remendones y los aguadores de Madrid. La Guiena y otras provincias de Francia provee de una multitud de hombres para segar el trigo y trillar lo; los españoles llaman á estas gentes *gavachos*, y los desprecian altamente; pero, sin embargo, se llevan la mayor parte de su dinero á Francia».

Esta última, es desgraciadamente, la más desconsoladora verdad de las verdades de Mr. Gourville.

Pero aún halará el ánimo mayor tortura si tiene valor para discurrir con calma por la siguiente estadística, formada por el embajador de Francia, marqués de Villars, para satisfacer á Luis XIV, que deseaba

(1) En esta parte, perdone el escritor francés, no tenemos por que envidiar á la Francia de los *amoladores*, de los *limpia chimeneas* y de aquellos otros que viven haciendo bailar á la *mona*; ni estos son seguramente, los tipos que honran á la industria francesa.

conocer el número de súbditos que tenia diseminados por España.

Navarra: mil, entre traficantes, buhoneros, pastores, cultivadores y aguadores, que ganaban todos los años cerca de cuatro millones de reales.

Aragon: veinte mil, de los cuales dos mil eran mercaderes, y los demás artesanos. Los primeros hacian negocios por valor de doce millones; y aún los hubieran alcanzado mayores, á no prohibirse por los Estados congregados en Zaragoza ántes del tratado de Nimega, la entrada de manufacturas de Francia.

Cataluña: mil, de ellos, ciento estaban dedicados al comercio, los demás eran obreros.

Valencia y Murcia: doce mil, contando en ellos seiscientos negociantes que especulaban por cantidad de doce millones.

Las dos Castillas: diez y seis mil. Entre estos se contaban tres mil y quinientos comerciantes al por mayor, buhoneros y revendedores al menudeo que ganaban más de veinticuatro millones de reales.

Vizcaya, Asturias, Galicia y Extremadura, mil, casi todos sirvientes ó jornaleros.

Andalucía: diez y seis mil, que todos los años sacaban de sus negocios muy cerca de veintisiete millones de reales.

En resumen: sesenta y siete mil franceses, y un gran número de alemanes, italianos é ingleses, explotadores todos en su provecho de la vanidad nacional (1)

Los españoles habian hallado un nuevo mundo aliende los mares; los franceses no tuvieron que andar tanto: la España fué para ellos otra India, mucho más productiva en especulaciones, que con su oro el suelo americano.

Fuéramos injustos, no obstante, si en nuestra manera de ser no hicieramos aquí una honrosísima excepción por lo que mira á nuestras provincias del Norte y á la Cataluña: tal vez esto esté en el carácter y en los hábitos de sus hijos; por eso en medio de la general decadencia se les vé brillar por sus manufacturas al nivel de los pueblos más industriosos; allí es donde se amaba verdaderamente el trabajo, sin excluir

(1) En Cartagena, fueron tantos los que afluyeron, especialmente genoveses, que hubo de mandar Felipe III que no se siguiera admitiéndoseles sin espresa licencia suya. A los principios se le obligaba, si eran casados, á que se trajeran á sus mujeres; y más tarde se dispuso no se les diera carta de vecindad si no pasado diez años de permanencia en la localidad.

Entre los comerciantes que aquí vinieron á establecerse, figuran los apellidos de Baldasano, Tacon, Spinola, Lamberto, Balbi y otros muy conocidos entre nosotros.